

VENCERSE A SI MISMO Y ORDENAR LA VIDA EN LA ESPERANZA DE CRISTO**Plática – 2025**

[21] Ejercicios espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que desordenada sea.

Con esto, San Ignacio nos da a entender cuál es la finalidad. Comienza con esa expresión “Ejercicios espirituales”. Yo quisiera redundar en la importancia de “ejercicios” y del “espíritu” en este año que el Santo Padre ha querido que seamos todos peregrinos de la esperanza: vamos a ejercitarnos en el Espíritu.

En el número [1] del cuadernillo, en las anotaciones, dice que ejercicios espirituales es, a ejemplo de los ejercicios físicos (cuando uno hace deporte, cuando uno está entrenándose para cualquier competición), pues aquí lo mismo, pero derivado hacia el Espíritu.

Cuando decimos Espíritu, ¿qué estamos diciendo? Según la terminología propia de San Ignacio, estamos hablando del alma. Entendemos que la persona humana es la unidad cuerpo-espíritu, cuerpo-alma. San Pablo en la Carta a los Tesalonicenses distingue entre cuerpo, entre psique -lo que puede ser todo el aspecto de nuestra vida psíquica, psicológica-, y espíritu, para determinar también que es la presencia de Dios en nosotros porque nos ha creado a su imagen y semejanza. Por tanto, entrar en lo profundo de nosotros es entrar en el Espíritu, y ahí es donde quiere situarnos San Ignacio de Loyola para que hagamos ejercicios.

Él enumera: ejercicios son: la oración -oración mental u oración vocal-; la misma meditación; la práctica de la liturgia de las horas; la oración por excelencia que es la Santa Misa; el examen de conciencia, etc. distintos ejercicios espirituales. ¿Y esto para qué? Para que nosotros nos convenzamos dónde descansa nuestra verdadera esperanza.

En este año en que tantas veces estamos escuchando la palabra “esperanza” podemos preguntarnos, ¿dónde descansas tú? ¿Y qué esperas? ¿Y dónde está la razón de tu esperanza? Porque si la ponemos en nosotros mismos, esa esperanza es muy limitada.

A veces la ponemos en nuestra salud, pero la salud puede faltar. La ponemos en las cosas de la casa, las de la familia, que estén bien organizadas y que tengamos una buena relación dentro de aquellos que el Señor nos ha querido reunir como pequeña iglesia doméstica en nuestra familia. Pero también esto tiene sus limitaciones, incluso los amores más legítimos, de esposo a esposa, de padre a hijo, de hijo a padre, de hermanos entre sí, entre los amigos, que son palabras muy nobles. Pero, ¿son suficientes para que arraiguen en ellas una esperanza que sea firme y que lo sea para siempre? Pues no, porque nosotros somos limitados.

¿Cuál es, diríamos, el drama de nuestra cultura y de nuestro mundo? Que, poniéndonos de espaldas a Dios, cada vez pensamos que toda nuestra esperanza descansa en el reino del

hombre, descansa en nuestras fuerzas, descansa en nosotros. Y esto, a poco que profundicemos en la experiencia humana, veremos que todo es temporal y efímero: la salud, los bienes temporales, los bienes espirituales de las personas, la amistad, la familia, todo aquello que nosotros podamos reunir a lo largo de nuestra vida, todo, porque también tenemos experiencia a la vez de nuestra vulnerabilidad. Somos poca cosa, más bien, diríamos, somos casi nada confrontándonos con todo lo que significa el universo creado por Dios.

Pero es que, además, nos llega el sufrimiento, y no sabemos qué hacer con él. Y nos llega la enfermedad y, por supuesto, nos va a llegar la muerte.

¿Dónde está la raíz de nuestra esperanza? ¿Es suficiente la fuerza del hombre para hacer descansar en ella nuestra esperanza? Bueno, pues, San Ignacio lo que nos invita es, si queréis, con las mismas palabras del profeta Oseas, que decía al pueblo de Israel, «*Yo la persuado -a Israel-, como una esposa, la llevo al desierto y le hablo al corazón*». De esto se trata: ejercicios en la soledad y en el silencio, para que el Señor pueda hablar, y hablar a nuestro corazón y decirnos «*Yo soy la raíz de tu esperanza*».

No solo Dios -dicho así, como una idea que a veces no le damos más contenido, que se queda en una abstracción-, sino Dios que tiene rostro humano, que se ha manifestado en Jesucristo, que ha puesto de manifiesto hasta dónde nos habla Dios y hasta dónde nos quiere. Nos ha hablado hasta decir, «*Yo mismo pastorearé a mi pueblo*», y ha venido y ha tomado carne nuestra de la Santísima Virgen María. Nos ha hablado, ha dado signos de que es Dios, ha muerto por ti y por mí, y ha resucitado y nos ha abierto las puertas del cielo.

Ahora es cuando podemos caer en la cuenta, escuchando, y esto es desde la fe, que la única razón de nuestra esperanza -y que sea una esperanza definitiva-, es Jesucristo. Porque la esperanza siempre es de un bien, y si buscamos un bien que sea un amor único y todopoderoso, que pueda ser capaz de darnos todo lo que desea nuestro corazón no lo podemos poner en nosotros a ese bien. Es el bien que nos ha traído Jesucristo con su redención, y es el bien del cual participamos por la creación.

Cristo es la razón de tu esperanza y de la mía si el Señor te ha concedido la fe, y si nó, hay que pedirla. Cristo es la razón, la raíz de nuestra esperanza, porque es esperanza de un bien, no se espera un mal. Y ese bien es futuro, es verdad. Es algo que tiene que venir y que no podemos alcanzar por nuestras solas fuerzas.

¿Cuál es el objeto de esa esperanza? El objeto de esa esperanza es, nada menos que, lo que podríamos llamar la “felicidad para siempre y por toda la eternidad”, lo que llamamos la *bienaventuranza eterna*. Eso no lo puedes lograr tú, ni te lo puedo dar yo, ni todos los que te quieren, ni todo el mundo a la vez.

Sólo puede darnos la bienaventuranza eterna aquel que es la misma Vida y aquel que existe desde siempre por toda la eternidad, y que es todopoderoso en su misericordia. Por tanto, a Él queremos mirar, y para eso hemos de hacer ejercicios en el espíritu, para en ese desierto y en ese silencio escuchar Su voz.

Es un bien y es un bien futuro. ¿Cómo lo podemos alcanzar? Sólo por los auxilios divinos, por eso la esperanza es una virtud teologal. No es lo mismo que la espera, sino que

es una virtud, es decir, una nueva capacidad que el Señor nos da para estar con la seguridad de poder alcanzar un bien que para nosotros sería inalcanzable. Nos lo tiene que dar Él, es un don.

¿Y qué nos quiere dar? Nos quiere dar a sí mismo. Se ha dado en la cruz, ha resucitado, nos ha abierto las puertas del cielo y te quiere regalar el cielo, la bienaventuranza divina, por los méritos de su Hijo Jesucristo, por su Sangre, porque tú vales como yo la sangre de Cristo, y por su infinita misericordia.

Bueno, con esto quiero situar estos ejercicios espirituales en este año en que el Santo Padre nos quiere a todos como peregrinos de la esperanza. Ya sabes, la esperanza o descansa en Cristo, es decir, en el amor omnipotente y en la misericordia de Dios, y te llega por los auxilios divinos, o es inalcanzable.

Vamos a buscar este Dios, pero para buscarlo, lo primero que dice San Ignacio en la finalidad de los ejercicios es que hemos de vencernos a nosotros mismos. ¿Y eso qué significará “Vencerte a ti mismo”? O sea, que hay como una guerra en nuestro interior, que nosotros podemos ser incluso enemigos de nosotros mismos, y desviar todo aquello que es el designio de Dios en nosotros. Bueno, pues para eso hemos de ir al silencio, para eso hemos de ir al desierto, para eso hemos de dejarnos persuadir por la llamada de Dios, para conocernos a nosotros mismos.

Empecemos por ahí. Tienes que conocerte a ti mismo. Tienes que conocerte a ti misma. Eso no es fácil, porque estamos muy poco dados a entrar dentro de nosotros mismos, en nuestro interior.

¿Qué significan estas expresiones? Pues eso, que estamos habitados y que tenemos una vida interior. No estamos solo arrojados hacia afuera, escuchando siempre cosas desde afuera, sino que Aquel a quien buscamos, no hemos de ir muy lejos para encontrarlo, porque es lo más íntimo a nosotros mismos. Está en nuestro interior.

Pero hay dificultades para encontrarlo, y por eso la necesidad de “vencernos a nosotros mismos”, para que más allá de las distracciones, más allá de todas las adherencias que hemos añadido en nuestra vida a lo largo de todo el curso de nuestros años, más allá de nuestros propios pensamientos, de nuestros propios pecados, limitaciones y heridas, podamos ir despejando todas ellas para encontrarnos con Aquél que habita en nuestro interior y es lo más íntimo a nosotros mismos.

San Ignacio ha tenido la experiencia de la conversión. Ha llevado una vida más o menos mundana. Se ha dejado encontrar, a través de la enfermedad con Cristo, y después desde ahí ha iniciado todo un proceso que ha tenido que vivirlo como un combate espiritual. Y de esto estamos hablando. Hemos de combatir con todas aquellas fuerzas que nos pueden separar de lo único necesario o de la raíz misma de nuestra esperanza, que es Jesucristo, que es el amor de Dios manifestado en Jesucristo.

Bueno, para vencernos a nosotros mismos: primero, conociéndonos. Y si nos conocemos en profundidad, te darás cuenta que nosotros no vivimos en la armonía inicial que Dios pensó para el hombre.

Nuestros primeros padres vivían, en eso que llamamos el Paraíso, vivían con una armonía entre el pensamiento, el deseo y la acción. Es una armonía entre el espíritu y la misma realidad corporal. O sea, la hemos perdido por el pecado. Y por eso en nosotros, aunque hayamos sido rescatados del pecado por el bautismo, queda en nosotros la concupiscencia, que es siempre una inclinación al mal, que no es pecado, pero que es una herencia de una naturaleza caída en el pecado. Por tanto, la tenemos ahí. Y cuando hemos de vencernos a nosotros mismos, San Ignacio no está pensando solo en la victoria moral, -faltaría más, esa es la más importante-. Pero, de una manera más sutil, hay en nosotros una cantidad de realidades que están movidas por emociones, por afectos. Es todo el mundo de nuestra sensibilidad y de nuestra afectividad.

Y esa victoria tiene que darse. Y eso requiere un proceso. No sólo la victoria de pasar del mal al bien. Esa es la victoria moral. No sólo la victoria de pasar del pecado a la gracia. Es lo definitivo. Pero, es que en nosotros siempre hay una realidad, a veces oscura, porque la hemos de poner patente, la hemos de encontrar en la medida que buceamos en nuestro interior, que es aquello que son nuestras inclinaciones, que son nuestras motivaciones, que son aquellas cosas que nos dan una satisfacción, y que están ahí como impulsos de nuestra sensibilidad y de nuestra afectividad. Y hasta que nosotros no nos vencamos pasando del mal al bien y, con proceso en el seguimiento de Jesucristo podamos, con nuestro espíritu, gobernar también nuestra afectividad y nuestra sensibilidad, no se da todavía la victoria.

Por eso, él, como San Agustín -que habla en sus confesiones-, dice, «yo ya intelectualmente creo en Dios, ya acepto todas sus verdades y lo he conocido en Jesucristo y en la Revelación, pero todavía en mi interior deseo las mismas cosas que cuando vivía en pecado». Por tanto, la conversión, la del corazón, todavía no se ha dado. Y esta es la que queremos nosotros, conocernos a nosotros mismos, para vencernos a nosotros mismos.

Una experiencia definitiva para saber lo que estoy diciendo, más allá de lo que dice San Agustín en sus confesiones, o lo que puede representar la misma vida de San Ignacio de Loyola, la tenemos en la Carta a los Romanos, con la experiencia que nos propone San Pablo sobre sí mismo. San Pablo dice, «Yo, en mi interior, -en el hombre interior, en esto que nos falta tanto en esta sociedad, que siempre nos vierte hacia afuera-, me complazco bien en todo lo que dice el Señor y en la ley del Señor, -me complazco, me parece estupenda, yo la quiero-, pero hay otra ley en mí que me mueve a hacer aquello que no quiero». Quiriendo hacer el bien, dice San Pablo, **(Ro 7,14-25)** *«sabemos que la ley es espiritual, mientras que yo soy carnal, vendido al poder del pecado. En efecto, no entiendo mi comportamiento, pues no hago lo que quiero»*, (una cosa es el dinamismo espiritual de la voluntad, quiero hacer el bien, y otra cosa es que a la hora de hacerlo, hay otro impulso que te lleva a no hacerlo, y más bien, en ocasiones, te lleva a hacer lo contrario). Por tanto, si queremos entrar en el conocimiento de nosotros mismos, hemos de ir derribando todos los estratos que hay en nuestra persona, en eso que hemos llamado unidad cuerpo-espíritu, o lo que llamamos cuerpo-mente-psicología y espíritu. ¿Para qué? Para que la victoria se dé globalmente en nuestra persona, y eso no se da de hoy para mañana, eso necesita ejercicios, entrenamiento, de ahí la importancia de los ejercicios espirituales anuales. Todos los años tenemos una ocasión de gracia, una oportunidad, para que nosotros -esto que dice San Pablo, *«es pecado quien habita en mí»*-, lo podamos vencer: **conversión moral**. Pero además, a la hora de hacer el bien, no

sólo pensarlo, sino poder hacerlo: **conversión de los afectos**, conversión de la **sensibilidad**, conversión de las últimas **motivaciones**. Porque a ti, como a mí, nos pasa siempre que, al final, llevamos una máscara puesta, y podemos, nosotros, si no nos damos cuenta, y no profundizamos en nuestro interior purificando nuestro corazón, llevar una doble vida. Ya no en el sentido de que queramos hacer el mal por el mal, sino que incluso, como dice San Pablo, queriendo hacer el bien, nos vienen los estímulos. ¿Y por dónde nos llevan? Pues nos llevan por donde este mundo presenta tantas y tantas cosas, a veces tan directamente a través de un móvil inteligente, a través de las imágenes, de las conversaciones, de las cosas que pasan a nuestro alrededor. Todos son estímulos, y no vivimos en un espacio neutral, sino que estamos continuamente llamados por voces y voces que ocupan también nuestro interior, y por una última, que incluso a veces nosotros desconocemos, y que hemos de develar.

Por eso, San Ignacio insistirá después, en el desarrollo, que hay que examinar continuamente la conciencia, hay que ponerse bajo la luz de Dios, para que esa luz potente, que nos lleva por la fe, ilumine todos los rincones de nuestra vida interior, para que conociéndonos a nosotros mismos, conociendo las últimas motivaciones de nuestro obrar, conociendo aquellas zonas donde todavía no hemos dejado entrar la luz de la gracia y la luz de la fe, podamos verdaderamente salir victoriosos en el combate.

Hay que corregir nuestro pensamiento: **conversión de la inteligencia**.

La inteligencia muchas veces es turbada por la ignorancia. Necesitamos nosotros conocer. Dice Jesús en el Evangelio de San Juan, *«esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, Padre, y a tu hijo, a quien es enviado»*. Conocer en la Biblia, en San Juan, significa amar. Esta es la vida eterna, que te conozcamos, pero una inteligencia que tenga un juicio razonable, y un juicio establecido desde la fe, que podamos conocer. ¿Cómo vamos a conocerle? Lo vamos a conocer a través de sus obras creadas, y a través de la revelación de la palabra de Dios, que nos van a ir acompañando para que entremos en el conocimiento de Dios. Lo vamos a conocer en la medida en que viviendo la gracia, busquemos las fuentes de la gracia en los sacramentos que nos dan la misma vida del Señor, y que, digamos, en el espacio donde nos desenvolvemos, -sea la familia, sea el trabajo, sea allí donde estemos-, siempre con la luz propia de la fe, practicando las buenas obras.

Bueno, pues, esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, Padre, y, por tanto, que nuestra inteligencia, iluminada por la fe, se haga obsequiosa para con Dios, con una obediencia filial como la de Jesucristo.

Él es quien conoce al Padre, y Él es el que nos lo puede dar a conocer. Por tanto, no sólo venciéndonos a nosotros mismos, sino que, a través del Espíritu Santo que habita en nuestro interior, que nos regalará la victoria sobre nosotros mismos, despertemos a la obediencia filial, a vivir tratando a Dios como un hijo a su Padre, y eso es lo que nos regala el Espíritu Santo.

La ignorancia, (en este caso, de la fe) -es una ocasión oportuna, el hacer ejercicios espirituales, para volver al conocimiento de Dios-, la curiosidad de tantas cosas que a veces

nos están reclamando, hace que estemos disipados, vueltos hacia afuera, y no tengamos una riqueza de vida interior para poder conocer al Señor.

Ya veis, si hay victoria, una victoria sobre la *inteligencia*, para que desde la fe, dejándose iluminar, pueda conocer a Dios, por las obras creadas, por la revelación, por el testimonio de los santos, y una victoria de la *voluntad*.

Es lo que se trata de alcanzar, liberar a la libertad para vivir en la libertad de los hijos de Dios. Eso San Pablo lo expresa de una manera extraordinaria en la Carta a los Gálatas.

«*para que seáis libres, Cristo os ha liberado*» (Gal, 5). ¿Y de qué nos ha liberado? Nos ha liberado de la ley, que nos dice lo que hemos de hacer, pero no nos da la fuerza para cumplirla. Nos ha liberado del pecado, que es nuestro peor enemigo, porque nos inclina, cada vez más nos curva sobre nosotros mismos, sobre las cosas, y hace que olvidemos al autor de todas ellas, que es Dios. Y nos ha liberado del miedo a la muerte, porque la muerte ha sido vencida.

Por eso, una libertad de los hijos de Dios es la que, conociendo la ley de Dios, (la voluntad de Dios), que se ha expresado en Jesucristo, puede seguirla por la gracia de Dios y por las mociones del Espíritu Santo. Puede, no sólo pensar el bien, sino hacerlo.

Puede verse liberado de todo aquello que le esclaviza, que llamamos, con una palabra: “pecado”, y puede vivir sin miedo a la muerte. ¿Sin miedo a la muerte qué significa? Pues que, por miedo a la muerte y por miedo al sufrimiento, siempre estamos buscando aquellas cosas que nos satisfacen, aquellas cosas que nos evitan sufrir, incluso, a veces, renunciando a la verdad o renunciando al bien. Quien no tiene miedo a la muerte, pues vive con esa libertad, incluso, ante el sufrimiento, ante la enfermedad y ante la misma muerte.

Los ejercicios espirituales los pensó San Ignacio para que vencamos en nosotros los miedos, las motivaciones, todo aquello que nos pueda separar de lo único necesario, que es el amor de Dios, que hemos conocido en Jesucristo y que hemos dicho que es la razón de nuestra esperanza.

Bueno, pues esto necesita pelea, combate -combate espiritual-, que se hace mediante la oración, mediante el examen de conciencia, mediante la frecuencia de los sacramentos y mediante esos días que vais a dedicar a ejercitaros en el espíritu para vencer a uno mismo y alcanzar la purificación del corazón.

No se logrará esto sin que la voluntad quede liberada del apego a las cosas, que a veces las cosas, siendo buenas, si no las utilizamos bien y no buscamos aquellas cosas que nos puedan acercar más a Dios, pues nos hacen entretenernos cuando no esclavizarnos a ellas para acabar idolatrándolas de tal manera que sustituyan a Dios. No, no, hemos de vivir en el desapego que San Ignacio llamará *indiferencia*: no querer más salud que enfermedad, vida que muerte, salud, etc. los binomios que pone San Ignacio de Loyola.

Pero esa indiferencia es liberar a la libertad para que pueda verdaderamente no sólo desear el bien, sino ejercitarse en el bien.

Esa es una victoria que viene por la gracia. Es don, es un don y lo hemos de pedir. Hemos de pedir una razón juiciosa. Que no pase como los romanos, que dice San Pablo,

que habiéndose oscurecido en su razón, vivían como mundanos y atrapados por todas las cosas de este mundo. Él describe la ciudad de Roma y todo lo que hacían los romanos en el capítulo primero de la carta a los romanos, lo podéis leer allí. Y oscurecida la inteligencia con la ignorancia de Dios y de las cosas creadas, -porque desde las creadas no se han remontado al autor de ellas-, viene la perversión de la libertad.

Por tanto, hemos de vencer la inteligencia, hemos de vencer la voluntad, hemos de vencer todo aquello que desde la sensibilidad o desde la afectividad pueda separarnos del amor de Dios, con una confianza sin límites. San Pablo, cuando después de un proceso ya ha conocido a Jesucristo y ha profundizado en su amor, dice, ¿quién nos separará del amor de Dios? Y va nombrando todas aquellas cosas sobre las cuales nosotros fácilmente podemos vencer con la ayuda del Espíritu Santo. Bueno, pues esto es lo que pone San Ignacio como finalidad de los ejercicios: Ejercicios del espíritu, -como los ejercicios físicos, entrenamiento, combate espiritual-, para vencernos a nosotros mismos.

Segunda parte de lo que dice en el número [21], «y ordenar su vida».

De esto se trata, querido, de esto se trata, de ordenar nuestra vida.

Ordenar nuestra vida, ¿qué significa? Bueno, pues, establecer en nosotros el orden que ha previsto Dios en su sabiduría infinita cuando nos ha creado. Nos ha creado a su imagen y semejanza, -dignidad más alta no podíamos esperar-, es decir, ¿qué significa ser imagen de Dios? Ser imagen de Dios, que lo hemos conocido en la revelación completa, como Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, significa que somos imagen del Amor.

Eres imagen del amor sustantivo, que es Dios, que vive una comunión de personas, semejante a Él.

La semejanza por el pecado original la perdimos, la hemos recuperado por el bautismo, pero ahora vivimos en el combate espiritual que acabábamos de describir.

Ordenar la vida es vivir como su hijo. Decimos con la Escritura, «*por él fueron creadas todas las cosas*», por Él es por Jesucristo. Él es la verdadera imagen de Dios. Él es el prototipo del hombre. Él nos ha revelado lo que es el hombre y nos ha revelado el misterio de Dios y nos ha hecho renacer, -con lo que llamamos, con la teología de San Pablo-, al nuevo Adán, al hombre celeste. Es que la morada tuya, la morada mía, la morada de nuestra alma está en Dios. Y si no vamos ahí, no vamos a descansar nunca. Y, por tanto, lo que hemos de hacer en este caso es, para ordenar nuestra vida, entrar dentro de nosotros mismos, ir purificando nuestro corazón. «¿quién puede entrar -dice uno de los salmos- en tu santuario?» El hombre de manos inocentes, (que no practican mal), y el hombre de puro corazón.

Ver

Bueno, pues sin la pureza de corazón no podemos nosotros ordenar nuestra vida, porque lo primero que necesitamos es *ver*. O sea, esas curaciones que hace Jesús de los ciegos, para nosotros, son muy importantes, las puedes buscar en el Nuevo Testamento, «¡Señor que ve!». Si no ves, no puedes ordenar tu vida. Y si eres ciego, caminarás por esta vida sin saber hacia dónde dirigir tus pasos.

Mirarnos bien es mirarnos en el espejo de Jesucristo. Los místicos dicen que uno se ve bien si se mira en las pupilas de los ojos de Jesús que nos mira. Es mirarnos con su mirada, como Él nos ve. Adquirir esta mirada para ordenarnos de tal manera que nuestra libertad no quiera más que lo que quería Jesucristo. Porque Él decía de sí, «*Yo soy el camino, yo soy la verdad*», que nos va a conducir a la vida. ¿Cómo hemos de ser? ¿Cómo hemos de ordenar nuestros pasos? A esto lo llamamos “siendo discípulos de Jesús”.

Jesús, ¿qué hacía con sus discípulos? Pues les iba hablando, los llamó a los que quiso, para que estuvieran con Él, hizo un pequeño grupo de personas, que llamamos el discipulado, y que tenían que aprender. No les enseñaba simplemente como los rabinos, que escrutaban la Escritura y enseñaban a conocer la Escritura. Toda la Escritura contiene a Cristo, decimos nosotros, sino que les hablaba para que le conocieran a Él. Y viéndole a Él, «*quien me ha visto a mí, ha visto al Padre*». Viendo a Jesucristo, vemos el rostro del Padre. Vemos y escuchamos todo lo que el Padre quiere hacer en nosotros, quiere decirnos, «*yo soy el camino, yo soy la verdad, yo soy la vida*».

Y además nos invita, dice, «*Venid a mí*». Entremos en ese discipulado. «*Venid a mí, todos los que estáis cansados y agobiados. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*». Todo esto lo necesitamos, esa mansedumbre y esa limpieza de corazón, para ordenar nuestra vida. Y ordenar nuestra vida significa aprender a jerarquizar los bienes y a ordenarlos.

Es lo que decía Jesucristo. O sea Él no hacía nada que no fuera cumplir la Voluntad de su Padre. Por tanto, ese es el criterio para nosotros, buscar en todo la Voluntad de Dios. Buscar en todo lo que a Dios le agrada, porque ese es nuestro propio bien. Él nos ha creado en su sabiduría infinita, Él nos ha dado a Jesucristo para que aprendamos lo que es el hombre, y para que siguiéndole a Él y conociéndole a Él, -que significa amándole a Él y escuchando sus palabras-, pues Él decía, «*mis palabras son espíritu y vida, quien escucha mis palabras, quien cumple mis mandamientos tiene vida, pero vida eterna*». O sea ya ha entrado el cielo en la tierra. Porque la fe es ya sustancia, como dice la carta a los hebreos, de las cosas que esperamos. Ya el cielo ha descendido en nosotros. Si lo conocemos a Él, el cielo ya lo participamos en la tierra. Si le conocemos a Él, ya las cosas que están por venir, ya las tenemos anticipadamente, las preparamos, y preparamos el bien lo deseamos cada vez más.

Esto es el proceso de la vida o el desarrollo de la vida espiritual o la vida del Espíritu Santo en nosotros, que tiene sus etapas. Tenemos que pasar por una etapa de purificación, de limpiarnos de todo aquello que impide ver a Dios, porque, claro, la benaventuranza dice, «*dichosos los limpios de corazón porque ellos verán a Dios*». Primero, ver con los ojos de la fe, vernos en el espejo de las pupilas de Jesucristo que nos mira a nosotros como miró al leproso, como miró a Zaqueo, como miró a la samaritana, como miraba a los discípulos, como miró a Pedro, que al final lloró todas sus negaciones y sus pecados, y esas lágrimas fueron lágrimas de conversión.

Si nosotros nos dejamos mirar por esa misma mirada de Jesucristo, es cuando aprenderemos a reconocer en nuestro interior todo ese amor que nos ha llegado con Jesucristo, para que no nos perdamos ya, y ordenemos las cosas según, digamos, «*amarás a Dios sobre todas las cosas*», esa es la jerarquía de los bienes. Un solo Dios, comunión de

personas, amarás a Dios sobre tu esposo, sobre tu esposa, más que a tu hijo, más que los bienes que tienes, con un amor que sabe jerarquizar y ordenar, y desde Dios amarás ordenadamente a todas las cosas, y en vez de esclavizarte a ellas o esclavizarte a los afectos, o a las cosas que con los sentidos nos llegan a nosotros, sabrás darles la medida oportuna para que, siguiendo la llamada del interior a seguir a Jesucristo, puedas servirte de ellas como un camino para conocerle a Él, y para amarle a Él.

No se puede ordenar la vida si no sabemos jerarquizar los bienes. ¿Qué es lo primero?: El amor a Dios. El amor al hermano, que son la manera de verificar que amamos a Dios, quien ama al hermano, tiene el camino para poder conocer lo que es el mismo amor de Dios, porque proceden de la misma fuente, en la medida que amas a Dios vas llenando tu vaso, que eres tú mismo, de ese amor de Dios, y por plenitud de ahí amas a Dios y a todos los hijos de Dios, y a todas las cosas que Dios ha creado, pero las amas con orden, con jerarquía.

Ordenar la vida es muy importante hoy, que tantas maneras hay de vivir y de utilizar las cosas, y servirnos en nuestra libertad de ellas, existe mucho desorden, pero en primer lugar porque no se ve, es decir no hay ojos.

San Pablo cuando ora dice, *«que ilumines los ojos de nuestro corazón»*, iluminar los ojos del corazón, ¿qué significa? Que el corazón tiene ojos, sí, que ilumines los ojos de nuestro deseo, ilumines los deseos de nuestro corazón, para que sepamos ordenarlos, jerarquizarlos, y establecer después todo aquello que nos ha de conducir al bien, y al bien último, el bien último es siempre Dios, y las cosas camino hacia Dios.

Bueno, pues “ver”.

Despojo de nosotros mismos

Después de ver, para jerarquizar y ordenar, necesitamos nosotros -purificado el corazón-, continuar un proceso que nos va a hacer vivir sólo del amor de Dios, y eso ya es no solo desapego de las cosas, sino despojo de *nosotros mismos*, eso ya ha recorrido en un camino espiritual, ya es otra victoria en el combate espiritual.

«El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo». No puedes renunciar a ti mismo, no puedes renunciar a ti misma, si no es porque has encontrado un amor más grande.

Dice Jesús, *«porque el reino de Dios, es como un tesoro escondido en un campo, que quien lo descubre, va corriendo, y con alegría, vende todos sus bienes por comprar ese campo»*, ninguna de las palabras sobra, o sea, no se trata simplemente de una vida estoica, que con esfuerzo y resignación, o contra ti mismo, no. Se trata que con alegría, vendes tus bienes, porque has encontrado la perla preciosa, el tesoro escondido, lo único necesario.

¿Veis?, se trata primero de “ver”, y después de responder con esa visión de fe, descubriendo el amor único, de una manera global, para que toda nuestra vida vaya en esa dirección, y estar dispuesto a perder. *«Quien quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo - que se niegue a sí mismo-, que cargue con su cruz»*, es decir, que haga de su vida un don, como yo que he dado mi vida enteramente en la cruz, y eso no se hace así, porque sí, eso es don y gracia de Dios, que puede llegar tan alto, ese don y esa gracia, como para poder decir con

San Pablo, *«me alegro de sufrir por vosotros»*, o sea, esta sociedad que tiene tanto miedo al sufrimiento, debemos de hacer todo lo posible, porque las personas no sufran, todavía menos las personas que son inocentes, de hacer todo lo posible para evitar el dolor físico, por supuesto, el dolor moral, pero nosotros somos limitados, y el sufrimiento nunca va a desaparecer de nosotros, y hay una manera de darle la vuelta al sufrimiento, y es la que hizo San Pablo, la que hizo Jesús, que aceptó la cruz, y la aceptó con alegría por nosotros, con todo, diríamos, un combate espiritual, como lo vemos en el Monte de los Olivos, como lo vemos cargado con la cruz, como lo vemos crucificado, pero dando la vida con un sentido grande, por amor a Dios y por amor a nosotros, para rescatarnos de la esclavitud del pecado.

Eso mismo San Pablo dice, *«me alegro de sufrir por vosotros»*, y así da un paso enorme que nosotros le diéramos sentido al sufrimiento, sin dejar de luchar y combatir todo aquello que hace sufrir a las personas, pero sabiendo que el sufrimiento y el saber acogerlo, para, -diríamos-, vivir en la verdad y no renunciar a ella, para vivir en el amor y no renunciar a él, es un patrimonio de la humanidad. Sufrir y ser compasivos, es algo que eleva el nivel espiritual de nuestra humanidad.

Bueno, pues ordenar nuestra vida para que renunciando a los bienes, renunciando a nosotros mismos en la medida en que no nos lleven hacia Dios, podamos seguirle a Él vendiendo todos los bienes para quedarnos con el tesoro que salta como un manantial hasta la vida eterna. Claro, todo eso no se puede medir, la virtud de la esperanza es tan importante, si no vemos al cielo abierto, todo esto no lo podemos hacer. ¿Quién es aquel que dice, “no estoy dispuesto a renunciar a mí mismo porque eso parece que sea perder”. Sí, es perder, pero es para ganar. Es ligero de equipaje, para que lleno y pleno del amor de Dios puedas volar, porque no se trata simplemente de decir “vamos a cumplir las cosas”. No, no, no se trata solo de cumplir las cosas. Se trata de que ya desees solo esas cosas tal como Dios las quiere, y aprendas, -aprendamos- a vivir de tal modo que no deseemos nada más que cumplir la voluntad de Dios, que se va manifestando en los acontecimientos de nuestra vida.

La voluntad de Dios la conocemos por la revelación, por lo que nos ha enseñado, porque meditamos la vida de Jesús y todo lo que nos ha enseñado el Evangelio, pero también la vamos conociendo por los acontecimientos de nuestra vida, por lo que nos va pasando, y ahí aprendemos que todos los acontecimientos es como una visita del Señor, que Él nos hace, ¿para qué? para que le respondamos, y si examinamos bien nuestra conciencia, y si vivimos en una oración sin tregua, es decir, que todo lo que hagamos sea siempre en presencia de Dios, veremos cómo es Él quien nos invita, para que no tengamos miedo a dejar todo aquello que nos impide encontrarnos con lo único necesario.

Esto, sin el gimnasio del Espíritu, es imposible, y estaríamos todavía en los primeros peldaños del desarrollo de la vida espiritual: vencerse a sí mismos, lo primero; después es ordenar nuestra vida -eso es para toda la vida-, pero ese orden, también con la victoria, tiene que ordenar tus afectos y ordenar tu sensibilidad.

Eso es lo que, al final, san Ignacio desea, como él lo alcanzó, con mucho combate, con mucho sufrimiento, es “conocimiento interno”, conocer internamente el amor de Dios, y es tan suave, y requiere de tanto silencio, es como encontrarte en el íntimo de ti mismo con

aquel que canta, el cantar de los cantares, como el amor de mi vida, que lo he encontrado y no lo dejaré jamás. Si eres capaz de entrar dentro de ti mismo, dentro de ti misma, vas quitando todos los estratos, purificando el corazón, progresando en el desarrollo de la vida espiritual, no teniendo miedo al combate espiritual de todos los días, por el ejercicio de la oración, por la corrección del pensamiento desde la fe, por la pureza de corazón en la voluntad, por el gobierno del espíritu sobre tus afectos y sobre tu sensibilidad, entrarás en el reino de Dios.

Solo los violentos entran en este reino. Los violentos son los que se hacen violencia a sí mismos para que, llevados e impulsados por la gracia, de tal modo han ordenado su sensibilidad, y aprenden a mirar y a ver las cosas. Hay miradas que son indiferentes, ¿no ves? Hay miradas que te hacen reconocer la realidad profundamente, y ver en todas las realidades creadas la huella del Creador.

¿Cómo se aprende? Mirando con el corazón. Cuando uno ilumina los ojos del corazón, es decir los deseos, y solo desea lo único necesario, las cosas le hablan de Dios, las personas le hablan de Dios, los afectos le mueven a reconocer a Dios presente en todos los acontecimientos de su vida, y crecer en lo que es la vida de Dios en nosotros. Ya he dicho que la moral del alma está en Dios, y solo como Juan que reclinaba en la última cena la cabeza al corazón de Cristo, ahí es donde puedes descansar, y el único sitio donde puedes vivir. Fuera de ahí, es vivir a la intemperie.

¿Y cómo se alcanza? Ordenando tu vida, ordenando tu libertad, ordenando tus pensamientos, ordenando tus motivaciones, combatiendo con todas las motivaciones que no son sanas, entrando y dejando entrar -porque es un encuentro, los ejercicios espirituales-, tú tienes que dejar que entre Él para que ilumine con su luz. **(Salmo 42)** «*el Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?*». Con esa luz, como una linterna que va atravesando tu vida interior, déjala entrar, y no tengas zonas oscuras, para que no exista la doble vida, para que no existan motivaciones inconfesadas que al final te desean otras cosas que no las únicas que te van a llevar a Dios. Y esto, insisto, sin este gimnasio de espíritus, sin estos ejercicios espirituales, nos resulta a todos difícil.

Por eso, yo te invito a que entres en la anotación quinta, entrar con verdadera decisión, decir, “vengo, Señor, y te pido que te hagas el encontradizo, ven a mí, ilumina mi vida, para que yo la pueda ordenar”. El orden es Jesucristo, porque es la única realidad.

Y ¿cómo vivía Jesucristo? Con obediencia filial. Y ese es el nuevo Adán, es la nueva creación. En nosotros lo que se ha operado desde el bautismo es una nueva creación, que nos ha dado tres joyas para vivir en ellas, que es la vida de Dios en nosotros: la fe, la esperanza y la caridad.

La **fe** para conocer a Dios; la **esperanza** para no cansarnos en el camino, ver el cielo abierto, la meta.

De ahí la hija predilecta de la esperanza, que es la paciencia. La paciencia es resistencia en el bien. Ahora que tantas dificultades presenta nuestro mundo para vivir cristianamente, y vivir en paz en el seno de la Iglesia Católica, hemos de aprender, como los mártires, “la paciencia en la resistencia del bien”, que son el máximo exponente de la virtud de la

esperanza. San Ignacio de Antioquía, cuando iba al martirio, decía, «no me molestéis, yo quiero ser trigo molido, como Jesucristo que se dio en la cruz, no me molestéis».

El mártir, una vida martirial, es una vida de testimonio, y eso hace que revivamos este año la virtud de la esperanza. ¿Pero por qué? Porque vamos al cielo abierto, y por eso queremos encaminarnos hacia él. Y cuando uno ve el cielo abierto, no tiene miedo a entregarse y vive la tercera joya, que es la **caridad**, ese es el orden, vivir la vida teologal en nosotros, la vida de las virtudes. Son teologales porque tienen como objeto a Dios, y los podemos alcanzar solo con los auxilios divinos.

De ahí derivan todo lo que es la vida natural, las virtudes cardinales, la prudencia, la justicia, la fortaleza, la templanza, y desde ahí, todo el resto de virtudes.

¿Y qué son las virtudes para ordenar la vida? Son nuevas capacidades para poder hacer el bien de manera pronta y para siempre.

Porque la espontaneidad que predica nuestro mundo, es una espontaneidad que, sabiendo que estamos heridos, nos lleva al mal. No siempre la espontaneidad te lleva al bien, te puede llevar al mal. Por tanto, no estoy hablando de la espontaneidad, sí, de la espontaneidad que te da el Espíritu Santo cuando el Espíritu gobierna la carne y se cumple lo que dice San Pablo, los que se dejan llevar por el Espíritu de Dios son, -y va describiendo todas las obras del Espíritu en nosotros-, lo que llamamos los frutos del Espíritu Santo.

Pero necesitamos, con las virtudes teologales, a la vez, los dones del Espíritu. Y uno de ellos es, en estos momentos, lo que os decía de la paciencia (la resistencia en el bien), para ordenar nuestra vida. Como el tiempo pasa y hemos de acabar mirando a Jesucristo, aprendemos de Él a vivir como Él.

La evangelización no es otra cosa que enseñar a vivir, porque la vida es Jesucristo, ¿y de quién la vamos a aprender?, del que es el Maestro de la vida. Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante.

No hay vida espiritual que se desarrolle sin las virtudes teologales, sin las virtudes humanas, y sin todo lo que deriva de ella, para pelear contra la tercera parte del número [21]: «**sin determinarse, por afección alguna, que desordenada sea**».

Las afecciones, las pasiones, los pecados capitales, todo aquello que nos puede llevar a donde no quisiéramos nunca ir. Esclavos de la envidia, de la soberbia, de la vanidad, del orgullo, de la pereza, de la gula, de la lujuria... -por ahí no vamos a ninguna parte-, esas son las obras de la carne.

Jesús ha venido para que dejemos al hombre viejo, al viejo Adán, para que nazcamos al hombre nuevo, al nuevo Adán, pero el nuevo Adán es el hombre celeste que vive como Jesús, teniendo su cabeza allí donde la tenemos que tener, que es en el cielo, lo decía San Pablo: «*Somos ciudadanos del cielo*», porque allí está nuestro deseo, y, por tanto, allí tiene que estar todo lo que encamine nuestros pasos. No podemos ser esclavos de todo lo que este mundo nos está ofreciendo para despistarnos, para desviarnos de lo único necesario que es conocer al amor de Dios. Insisto, ésta es la vida eterna: «*que te conozcan a ti, Padre*», como

decía Jesús, «*mi alimento es hacer la voluntad de Dios mi Padre, y al hijo a quien tú has enviado, venid a mí y aprended de mí*».

Bueno, pues, diríamos que la tercera parte de este número [21], que es un número que nos da la finalidad de los ejercicios, es la vida de San Ignacio, porque toda la vida la va a plasmar en el cuadernillo de los ejercicios espirituales. Él dejó la vida mundana, después de haber sido herido en un combate entró, diríamos, dentro de un estado en que estaba convulso. Empezó a leer algunos libros de santos, la vida de Jesucristo, y desde ahí le renació la esperanza de vivir como vivía San Francisco, o como vivían los santos, y emprende todo un camino, pero tiene que desechar todo aquello que mundanamente le llevaba a separarse de Dios.

Eso lo podemos llamar afecciones, o podemos hablar de las pasiones que, las pasiones no son ni buenas ni malas, se hacen ahí para la obra, para la acción, todo es que la encaminemos esas fuerzas para el bien, no se trata de quitar nada de lo que es bagaje para la acción, se trata de encaminarlo. A veces tendríamos que caer en la cuenta de que, lo que significa la palabra pecado en la palabra original bíblica del hebreo es, “errar el tiro”, en vez de acertar el objeto al cual debes dirigir tu libertad, es errar el tiro, como expresa etimológicamente esa palabra, es decir, que nos dejemos llevar por las pasiones, por las afecciones desordenadas.

Vamos a pedirle a san Ignacio de Loyola, que nos conceda este año de la esperanza entrar, entrar en ese mundo interior de nuestra vida espiritual. Entrar en el gimnasio del espíritu, en el ejercicio continuo de la oración, de la meditación, de la oración vocal, mental, del rezo del rosario, del viacrucis, del examen de conciencia, de la práctica de la Eucaristía, de la confesión, de preparar una buena confesión, para que renazca en mí, y si en mí, en nosotros, la esperanza. El gran déficit de nuestra cultura es que ha perdido la esperanza, porque ha perdido a Dios, y nosotros, con san Ignacio, queremos ser “buscadores de Dios”, y si queréis, mejor todavía, “aquellos que se dejan encontrar por Dios”, por el amor único que puede darnos una esperanza, que es como un manantial que salta hasta la vida eterna.

Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos. Amén.